

DE SUTTER, Laurent, *Narcocapitalismo. Para acabar con la sociedad de la anestesia*. Madrid: Reservoir Books, 2021, 117 páginas.

¿Vivimos en una sociedad adormecida? ¿Es dicho adormecimiento el resultado de un devenir aleatorio o es el producto intencionado de un sistema concreto? ¿Se puede explicar el adormecimiento colectivo a través de las aportaciones de la industria farmacéutica al tratamiento de enfermedades como la depresión? Laurent de Sutter nos hace plantearnos estas y más preguntas en una obra asequible y de lectura apasionante.

El autor abre su reflexión con la patente de Charles T. Jackson y William G. Morton del año 1846 sobre «la mejora de las operaciones quirúrgicas» mediante la inhalación de vapores de éter sulfúrico. Retrotrayéndonos a este punto se inicia un recorrido por la aparición de la anestesia y otros medicamentos que permiten paliar el dolor del paciente. En 1899 Emil Kraepelin en su obra *Lehrbuch*, reclama la importancia del papel de las causas físicas en las enfermedades mentales, en su objetivo de convertir a la psiquiatría en una ciencia experimental. En este proceso establece un amplio conjunto de denominaciones nosológicas y clasificaciones que irán aumentando con el paso del tiempo, entre ellas, a destacar la *dementia praecox* y la psicosis maniaco-depresiva.

Centrándose en esta última, de Sutter muestra cómo Kraepelin ofreció bajo dicho término un nuevo ensamblaje de rasgos físicos y psíquicos que, tomados en su conjunto, permitían construir una nueva categoría. De hecho, uno de los rasgos centrales que surgían de forma recurrente al intentar describir dicha enfermedad era el de «excitación», la capacidad de ser excitado se configuraba aquí como el rasgo central de la enfermedad, tal y como se puede leer en la siguiente cita: «El maniaco-depresivo era aquel que estaba más sujeto que otros a lanzarse a las montañas rusas ontológicas, abandonando el estado estable del ser a cambio de un desequilibrio tan permanente como intenso» (p. 15). La excitación de base del enfermo es leída por Kraepelin como una ruptura del ser, una ruptura del mundo, una especie de descarrilamiento del paciente que se escapa -que se sale- de su propia identidad. Por tanto, en el intento de acabar con la enfermedad, se debía tratar de recuperar el equilibrio del ser, combatir la excitación del sujeto.

La visión de Kraepelin sobre las enfermedades mentales pronto se extendió por Europa, aunque tardó un poco más de tiempo en enraizarse en EEUU, donde prevalecía una visión del tratamiento de las enfermedades basada en el lenguaje. No obstante, en la profusión de la visión de Kraepelin sobre dicha enfermedad, la invención de dos sustancias será clave: por un lado, el hidrato de cloral, sintetizado por primera vez en 1831 por Justus von Liebig, que tenía propiedades sedativas y anestésicas; por otro lado, la clorpromazina, que

pretendía neutralizar la agitación de los enfermos. Sobre todo en el segundo caso, se generaba en el paciente una ausencia de emociones, una especie de grado cero de la existencia, la percepción de no percibir nada. Como indica el propio de Sutter, si el cloral permitía controlar la explosión del ser, la clorpromazina permitía controlar su implosión (p. 22). El objetivo principal de cualquier psiquiatra aquí era el de conseguir la estabilidad del paciente, acabar con las oscilaciones excitables y emocionales del mismo. Pero una de las claves de esta lógica radica, según de Sutter, en la capacidad que tienen estas sustancias para, a través del control de cada individuo, controlar la totalidad del cuerpo social. Esto se puede apreciar claramente en la laxa legislación que trata de regular el uso de los antidepresivos que pueden tener entre sus efectos secundarios la total amputación del deseo sexual, entendido también como motor e impulso del ser. En resumen, «mejorar», en términos médicos, supone anclarse al vacío, al no-ser.

En 1952 se edita por primera vez el *Diagnostic and Statistical Manual of Mental Disorders (DSM)* configurado por ciento seis desórdenes mentales, que se sustenta sobre un modelo propuesto por la armada estadounidense durante la Segunda Guerra Mundial. En este momento, indica el autor, se establece definitivamente la visión de Kraepelin sobre la base física de las enfermedades mentales. En este sentido, se abre paso a una nueva etapa que deja atrás la biopolítica de los cuerpos centrada en la gubernamentalidad, y se abre paso a la psicopolítica (p. 27), eje central de reflexión de la presente obra.

En el segundo capítulo «Narcocapitalism Unlimited» (pp. 28-45), de Sutter retoma la carrera comercial que se abrió a partir de la demanda de patente de Jackson y Morton, dando lugar a un sinfín de sustancias. En este espacio surge la experimentación occidental con la cocaína, atractiva por su capacidad de evitar sumergir al paciente en un estado total de inconsciencia, sino de adormecer solamente la parte en la que se aplicaba el producto. El mismo Sigmund Freud fue uno de los primeros en experimentar en su propio cuerpo los efectos de la cocaína, cuyas cualidades se afanaba en alabar, centrándose en su capacidad para permitir al sujeto realizar actividades intelectuales o físicas sin fatiga.

Emmanuel Merck era el encargado a partir de 1817 de garantizar el servicio de cocaína para experimentos en Europa, él mismo desarrolló una campaña promocional sobre su producto que destapó una nueva etapa de competencia comercial por el mercado de la cocaína. Por ejemplo, el «Vino Mariani», creado por el farmacéutico Mariani, consistía en una infusión de hojas de coca en un vino de Burdeos, que tuvo un gran éxito. De aquí John Pemberton produjo una «French Wine Coca» que acabó recibiendo el nombre de «Coca-Cola» en 1886 y que no tuvo demasiado éxito hasta que su posterior comprador, Asa Candler, le dio la forma de su botella icónica en 1915. Aunque

esta versión de la Coca-Cola ya no llevaba coca, sí continuaba y continúa utilizando la infusión de hojas de coca como parte de su fórmula mediante una excepción hecha a medida en el artículo 27 de la Convención Única de la ONU de 1961 (p. 37). Así pues, tal y como apunta de Sutter, el desarrollo del mercado de la cocaína en los inicios del capitalismo industrial fue clave para su difusión, e incluso en la crisis de las *subprime* (2007), también el mercado de la cocaína se encargó de sostener el sistema inyectando liquidez en el mismo (p. 39).

Pero más allá del impacto del mercado de la cocaína en el desarrollo del primer capitalismo mercantil, la cocaína era «un operador de eficacia» (p. 40), es decir, tenía la capacidad de eliminar el sufrimiento de los individuos que padecían un estado depresivo u otros problemas físicos. Era un estimulante que empujaba a la acción, permitía al individuo abstraerse en relación a la materia: «La cocaína era el carburante del cerebro; permitía al cerebro ser él mismo, mientras que el resto de sí mismo (es decir, el cuerpo) se confinaba en el armario, de manera que podía entregarse sin reservas al goce de su propio funcionamiento» (p. 41). De igual modo, la cocaína es el motor del capitalismo en la medida en que es aquello que los individuos estresados necesitan para sobrevivir a las dinámicas asesinas del sistema. Necesitan no sentir nada, poder actuar o accionar de forma casi automática.

En el capítulo tres («Un día sin fin», pp. 46-63) de Sutter nos introduce en otra dimensión importante de los inicios de la sociedad de la anestesia, el hecho de que el capitalismo industrial precisaba de individuos que pudiesen descansar con facilidad, ya que esto garantizaba un mayor rendimiento en el trabajo. Por tanto, la noche era entendida como tiempo de descanso, una garantía para el desarrollo normal del trabajo durante el día. Por esta razón se construyó como el lugar de los monstruos, de lo peligroso. Tal y como indica el autor, cuando los primeros sistemas de iluminación se instalaron en las grandes ciudades europeas, la vigilancia de la noche se volvió un tema clave. No obstante, también en la noche había otras aplicaciones para el hidrato de cloral que había funcionado como sedativo de los pacientes en estado de excitación. Como la noche había sido domesticada, se debía permitir en ella un nuevo espacio de desfase, eso sí, bajo control policial, hablamos de las primeras discotecas. En estos espacios se siguió aplicando el hidrato de cloral, que si se mezclaba con alcohol, provocaba en la víctima desmayos y amnesia, lo que permitía robos en las discotecas. Consecuentemente, la creación simbólica de la noche como ese tiempo al que los buenos trabajadores se entregan al descanso, sobrevive o se erige al mismo tiempo en la existencia de un espacio para lo monstruoso y peligroso. Esta ambivalencia a la hora de construir la nocturnidad resulta clave para comprender cómo a pesar de ser un lugar para el descanso como garantía del trabajo, la existencia de la discoteca

en su seno contribuye a la existencia de un espacio para la excitación colectiva como desahogo necesario.

El capítulo cuarto («Tragando la píldora», pp. 64-74) nos presenta otro momento clave para el narco-capitalismo: la invención de la píldora anticonceptiva femenina. Respecto a las anteriores sustancias que se tratan en el libro, la novedad de la píldora residía en su capacidad para intervenir sobre cuerpos sanos y funcionales para transformarlos en cuerpos «enfermos», alterar el funcionamiento de la progesterona. Como indica de Sutter, la novedad era que «la píldora era un dispositivo de desorganización del sistema reproductivo de las mujeres» (p. 69), en cierto modo similar al efecto de los antidepresivos que trataban de reprogramar los cuerpos anestesiando toda excitación. Por primera vez en la historia, se prescriben medicamentos a individuos sanos, haciendo que la responsabilidad del control de la reproducción recaiga sobre las mujeres.

En 2016 un grupo de médicos daneses publicó un estudio que apuntaba a una relación entre el consumo de la píldora por parte de mujeres y su riesgo de sufrir depresión, algo que suscitó reacciones histéricas por parte del cuerpo médico, poniendo en duda la veracidad del estudio. En relación, de Sutter plantea una pregunta que a mi parecer resulta clave para comprender las dimensiones del asunto en cuestión: «¿Qué hacer si alguna vez las mujeres rechazaran el medio que les habían proporcionado aquellos que querían lo mejor para ellas (siempre y cuando pudiesen pagarlo)?» (p. 72). Tanto la píldora como los anti-depresivos tienen por objeto situar en el mercado de la vida a individuos que previamente han salido de él o han sido excluidos. Se funcionaliza el cuerpo, el mercado se convierte en el horizonte de existencia, lo que implica que todo aquel individuo que no encaja en el mismo ha de ser reconducido, y la química moderna ha construido toda una serie de instrumentos para la gestión de la psique en esta línea. Aquí reside pues la paradoja de la psicopolítica narcocapitalista: funcionalizar los cuerpos mediante la disfunción. No obstante, tal y como apunta el autor recolzándose en el trabajo de Paul B. Preciado (2008), la paradoja base del narcocapitalismo puede utilizarse en su propia contra, es decir, a través del hacking hormonal se puede desestabilizar el ser de orden creado por el narcocapitalismo. De hecho, esto es parte de lo que han desarrollado colectivos como Laboria Cuboniks, su xenofeminismo (Hester, 2018) y la generalización del DIY (Hazlo tú misma).

El último capítulo de la obra aborda la «Política de la sobreexcitación» (pp. 82-99), y comienza señalando la creciente preocupación que se extendía en el siglo XIX por la aparición de una nueva entidad en las cartografías de la sociedad (p. 82): la multitud moderna, ese agregado de individuos que configuraban una cosa en sí misma caracterizada por su peligrosidad. Aquí se abre un gran esfuerzo por llegar a comprender a las multitudes, protagonizado

sobre todo por la escuela positivista de criminología. En este sentido, resulta especialmente interesante la visión de las multitudes como el momento en que los individuos se reúnen, y salen fuera de sí mismos para perderse en un agregado mayor en el que pasan a un nivel de energía superior, un estado de excitación. De esto se derivaba un riesgo, esto es, la creciente imposibilidad de control de la multitud. También Freud contribuyó en este momento a la concepción de la multitud como una peligrosa horda, un depresivo en fase maniaca, apuntando al hecho de que al incorporarse a la multitud, el individuo se perdía.

Así pues, tal y como apunta de Sutter, el ser se convierte en el principal lugar de la psicopolítica, en el narcocapitalismo la depresión se convierte en el patrón de medida, la búsqueda de la deflación de la excitación en los individuos mediante su reorganización química es el objetivo a conseguir. La excitación es el peligro a evitar, ya que excitarse supone salir del ser, salir de uno mismo para provocar y transformar, para hacer política. Por eso todo intento de acabar con la excitación puede ser leído como un intento directo de acabar con la política y la colectividad. En definitiva, la lectura de *Narcocapitalismo. Para acabar con la sociedad de la anestesia* nos revela el estado en el que nos encontramos, una era marcada por la anestesia, garante de la desorganización aturdida de los sujetos: «El narcocapitalismo es el capitalismo de la narcosis, ese sueño forzado en el que los anestesiistas sumergen a sus pacientes para extirparles todo aquello que les impide ser eficaces en el orden del presente: trabajar, trabajar y más trabajar» (p. 45).

María Medina-Vicent
Universitat Jaume I

SZTAJNSZRAJBER, D. *Filosofía en once frases*. Barcelona: Editorial Ariel, 2019, 336 páginas. ISBN: 978-8434429949.

La monografía que se presenta escrita por Darío Sztajnszrajber (licenciado en Filosofía por la Universidad de Buenos Aires) supone la conjunción de una fundamentación teórica sólida con base en once autores principales (Heráclito, Dios, Sócrates, Aristóteles, San Agustín, Hobbes, Descartes, Marx, Nietzsche, Derrida, Foucault) con una concepción novelística de la trama.

Para ello se parte de la idea de que es posible resumir el pensamiento de cada autor a partir de una frase que supone el eje de vertebración temático de cada capítulo (uno por cada autor), y el eje ideológico con el que se abre la narración novelística que da comienzo a cada capítulo. La intertextualidad se hace manifiesta en cada capítulo del libro y casi en cada página, lo cual desde